

LP Seis Años de Maduración

20/06/1956, p. 8 * * *

Tenemos en estos instantes, cualquiera que sea nuestra simpatía política, una esperanza: que los próximos seis años sean los de la definitiva maduración democrática del país. Si el electorado en masa se ha volcado contra el abuso y la violencia, que desde 1948 ha pesado sobre la ciudadanía, es porque en la conciencia de cada peruano se ha abierto paso la decisión de no permitir en lo sucesivo que la impopularidad de un régimen incapaz sea compensada con las prácticas dictatoriales. El hombre que llegue al gobierno esta vez no podrá, como ha sucedido anteriormente con tanta frecuencia, evadirse de la crítica severa de la opinión pública a través de sus mejores medios de expresión: el parlamento, la prensa, la manifestación popular. Y le será imposible, también, ahogar el pensamiento libre con la represión armada, la persecución policial y el destierro.

Seis años de pleno ejercicio cívico, de plena vida democrática, servirán en primer término para que se formen nuevos partidos y para que los que ya existen se consoliden. Dentro de aquéllos y éstos el hombre común, inspirado en los respectivos programas y principios, habrá de concebir un criterio doctrinario sobre los diversos problemas que afectan a la nación, experimentando en dichas agrupaciones la vigencia de las múltiples corrientes ideológicas de la época. Si en este juego de divergencia se mantiene el respeto mutuo, si no se aprovechan las mayorías para amedrentar o atacar, los que nos gobiernen tendrán a su turno que mantener una actitud de consideración hacia la protesta de quienes discrepen de sus conceptos o sus actos. El equilibrio se logrará a base de la resolución multitudinaria de no permitir en lo sucesivo ninguna quiebra en las instituciones civiles.

Esa será, sin duda, la legítima unificación, porque unirse para defender aquello que nos faculta a decir nuestra palabra de afirmación o rechazo, aunque entre todos haya variedad de juicios, constituye de por sí un progreso con relación a lo que ha ocurrido hasta ayer. Es imposible, como lo pretenden ciertos ilusos o ciertos mañosos, obtener la unanimidad absoluta en el pensamiento de un pueblo, pues, como la realidad no se harta de demostrarlo, es el contraste lo que prueba la existencia de la luz. Que el odio y el rencor no afloren de nuevo con su tóxico efecto sobre la lucidez individual y colectiva, y que la división no asuma el aspecto de una guerra sorda y a muerte, son dos condiciones esenciales para que la amenaza autocrática, que estará siempre agazapada y presta a devorar al país, no se cierna sobre nuestra patria.

Si somos una nación que tiene la memoria frágil, que olvida con facilidad a quienes la hicieron padecer, el deber de cada ciudadano consciente, en adelante, debe ser el de recordar a los demás que los políticos que vejaron la Constitución sistemáticamente, que aprovecharon el poder para amordazar a la opinión, que hicieron gala del despilfarro, que se jactaron de maniobrar a su gusto con la ley, que descuidaron graves problemas de la patria y, en cambio, se ocuparon celosamente de su prosperidad personal, no deben jamás retornar al gobierno. Cualquier falla de parte del pueblo puede redundar en beneficio de los traficantes del falso orden, ese que se sustenta en el silencio obligado y en el miedo general. Los próximos seis años tienen que ser tan fervorosos en la lucha contra la tradición dictatorial como intensos en el propósito de arribar, al fin, a esa atmósfera de libertad a la cual la patria hace más de un siglo que aspira.

Sebastián Salazar Bondy